

# MOEBIUS

Todo lo inverosímil representa una verdad para alguien. El unicornio es inverosímil, el ángel es inverosímil, la raya del horizonte es inverosímil. Lo imposible es indulgente con la maravilla.

*La tumba de Keats,*  
JUAN CARLOS MESTRE

Yo no sabía que iba a vivir en una casa donde hay una habitación para la música.

*Proleterka,*  
FLEUR JAEGGY



## I

**C**UANDO LOS DOS HERMANOS SALEN A ESCONDIDAS del camarote, las palabras de Ivanka, obsidianas aún bajo la lengua, les vibran en los oídos, jugando.

—Vamos, id a buscar algo que me divierta un poco.

La abuela todavía tardará un poco en frotarse todos los pliegues de la piel. Cuando se limpia puede tardar lo mismo que algunas tormentas nerviosas. Es buen momento, nadie les vigilará durante una hora.

Avanzan despacio por la galería iluminada, a ratos casi de puntillas. Son muy cuidadosos. La puerta debería de estar dos pisos más arriba, cerca de la cubierta de recreo. Si alguien les pregunta, están buscando a su abuela, es más, señor, pensamos que ha bajado a cenar sin nosotros. El hombre que en realidad buscan no va a presentarse en el comedor todavía. Ese individuo, en fin, quiere comerse otra cosa, pasar tiempo con un perfume de mu-

jer que se extiende por todo el camarote, y ya que está, conocerlo a fondo. Rotko y Teresa saben que se lleva a escondidas racimos de uvas del bufé para deslizarlas en otra boca además de la suya. Pero lo cierto es que no debe de tener mucha prisa esta noche, y una cena de zanahoria hervida o un plato de sopa le vale lo mismo que otro menú más copioso, dos labios y un vestido largo hasta el tobillo, hecho de muchos brillantes.

Lo han visto por la mañana apoyado en la barandilla blanca de metal de la cubierta de arriba, con la luz cruda del sol borrándole el dibujo de los ojos y un hilo de ceniza que cae del habano y el aire dispersa hacia la piscina comunitaria. Con esos anillos de oro en la mano izquierda —lo primero mullido en él que puede apreciarse—, se da un aire a esos hombres trajeados de la revista de celebridades. Mr. Algunacosa. De vez en cuando se estira las guías del bigote. Sucede de pronto, como si al manipularse despacísimo los pelos, sobre esa boca tan bien alimentada —una boca hecha probablemente para contener grosellas, blanduras saladas y carne de langosta en su punto—, quisiera invitar dentro de su camarote a los ojos pintados de *khôl*, ahí abajo, que le responden entre la multitud de pasajeros. Hay personas así. Se pasan toda la eternidad practicando un único gesto de sí mismos, el que los contenga, por el que serán recordados. Rotko quería ponerle un nombre, pero Teresa ha protestado un poco. Es mejor buscárselo esta noche.

—¿Va a estar? ¿Va estar, seguro? —pregunta él.

—Claro que sí —dice Teresa—. Tiene que reposar la tripa.

—Ella me gusta, rata.

—Si es lista, se habrá ido.

Cruzan delante de varios camarotes que tienen los números borrados. Del pomo de uno cuelga la correa de un perro, y debe de ser enorme. Rotko la enreda y desenreda entre sus dedos. A lo mejor lo escondieron bajo la litera y eso fue matando al animal, pues deseaba estar cerca del agua y contemplar el sol; a lo mejor es que son torpes, se les ha perdido el cartel de NO MOLESTAR. Ellos también lo han colgado esta noche. La abuela se lo ha pedido porque va a frotarse hasta el último pelo. ¿Qué aspecto tendrá cuando salga del camarote? Seguro que les da una sorpresa.

El barco en el que viajamos, les ha contado, a veces se inclina hacia la muerte. A ella le gusta mucho que la miren. Se debe a sus caprichos, a todo ese tiempo de tejer el fin, cuando encuentra un animal de acero blanco tan agotado por los océanos. Veréis, mis niños: de pronto, sin razón aparente, la parca escoge un barco que le gusta y decide que tiene que hablar con él. ¿Por qué? No se sabe. Nunca se ha sabido.

Rotko intenta no reírse al recordar su voz, pero es difícil. Desde que embarcaron, todo aquí son advertencias de la abuela acerca del peligro que corren. El agua tan fría que te sierra los huesos, la catástrofe de aquel otro barco en el vientre del mar —ya se ha grabado con un

gran chillido en los libros de historia—, el señor del color de los huesos de pollo que se llevaron los de la enfermería, lejos de notar ya el bombeo de su sangre en el corazón, tan valiosa. Lo vieron el otro día, cuando estaban echados en las tumbonas. No dejaba de botarle la cabeza en la camilla. ¿Por qué no echar algo más a la hoguera de la abuela Ivanka y hacerla más triste, una lágrima muy vieja que se enfada? Rotko ya lo sabe. El miedo tiene muchas vitaminas; y además, de las más útiles. Si siguen vivos, con la cabeza intacta sobre los hombros y no tirada en alguna cesta de mimbre, es justo por el miedo a la gente, y lo que la abuela les ha contado de él con mucha paciencia. Está cada vez más lejos, pero aún puede sentirla al otro lado de estas paredes de papel. Se frota arriba y abajo, en cada pliegue, hablándoles aún con su poesía rara y sus augurios. Todo para saber siempre dónde están.

La parca, niños, ha sido siempre una mujer impura. A veces le enseña las muelas a los que viajan tumbados en las cubiertas de arriba. Cualquiera le vale. Ese hombre enfermo que se llevaron la otra noche. O aquel trasatlántico tan opulento del que os hablé. Ese, ese trató de hacerse amigo de una muela muy grande y muy helada. Mamá, y esto ya lo sabéis, no tuvo cuidado, dejó que ellos la cogieran. Un descuido Eso es todo lo que se necesita. Quiero que tengáis los ojos bien encendidos. En cada habitación, escuchad atentamente. ¿Qué oís? ¿Hay alguien cerca de vosotros? ¿Lleva escondida la muerte debajo de su lengua?

La risa mete el cuchillo otra vez, al pensar en ella, y él se tapa la boca. Chttt, dice Teresa. Rotko, por favor, nos van a oír. Pero es la abuela. Cuando habla de lo que puede pasarles, se infla sola. Eso le hace bastante gracia. La abuela siempre tiene que obligar a sus frases a que se porten bien, a pesar de que, si quisiera, si quisiera de verdad, podría hacer que todos estos viejos del barco prueben el sabor de las algas. Hay veces que él se pregunta si solo quiere cogerles de la lengua, y así, atados a sus palabras, no corran por el largo pasillo donde han quedado las marcas de sus pies mojados. Que no se muevan fuera de sus faldas, ni hagan nada que dé la voz de alerta. ¿Pero cómo no van a jugar a nada? ¿Es que está loca?

Coge a su hermana del codo y señala la ventana redonda que preside el extremo del pasillo. Al otro lado del cristal, una columna de espuma brota y se impulsa por encima de la baranda.

—Dijiste que íbamos a ver delfines.

—Algunos animales no se pegan a los barcos.

—Me da igual. Me lo habías prometido.

—Todavía no puedes ver en la oscuridad, Rotko. Tienes que tener paciencia.

—¿Tú crees que si nos tiramos al agua aguantaríamos más tiempo que estos viejos?

—No lo sé. Tenemos los pulmones más pequeños. Y además, ¿para qué nos vamos a tirar?

Otra columna larga de espuma cae en jirones contra la pasarela. Algunas gotas llegan hasta el ojo de buey. Re-

cuerdan a los diamantes. Teresa vigila otra vez el pasillo; nadie ronda cerca. Su hermano se recoge en su silencio y cierra los ojos.

—Rotko —dice Teresa con gravedad—, no vamos a volver a casa.

Él no quiere mirarla aún.

—¿Tú qué sabes, rata?

—Ellos saben que somos los hijos de mamá. No podemos. Nos ahorcarían.

—Pues cosámonos un disfraz.

—Tú eres idiota. Están todos locos.

—La abuela nos puede enseñar a hacerlo.

—Nos iban a reconocer igual. Los niños no se pueden cambiar de cara. Se tarda un tiempo.

Se acercan hasta la ventana redonda. La madera de la pasarela exterior desprende una luz quieta en forma de rectángulo, sin la sombra de una sola persona que grite, o divague susurrando de un extremo a otro, o se reúna a escondidas con algún pasajero. ¿Hay partes de ese gran vapor por las que nunca pasa nadie? Teresa se fija en una mancha de óxido en la barandilla blanca. Tiene el color de la sangre seca y no debería estar ahí. Casi todo en el barco es como nuevo, recién pintado unas horas antes. Otra serpiente de espuma asciende y hace una curva antes de encharcar la pasarela. El mar está nervioso. Parece que una lengua se ha retorcido sobre él hasta dejarlo así, con el puro color de las cuchillas. La espuma forma remolinos, gorgoteos con la anchura de un cráter, cada vez más grandes en la distancia.



Coge a Rotko de la mano. Él también está nervioso, aunque no se lo muestre. Lo que le ha dicho de los delfines es solo la manera que tiene de llenar el silencio, la palabra madre, eso que debe de seguir diciéndole a solas. Estamos aquí, Teresa me ha...; y la abuela, ¡la abuela!, no sabes lo que se aburre. Para ellos, a esta hora el océano ha cogido el aspecto de un juguete enorme, con la piel muy oscura. Solo podrías hacerte amigo de la superficie, nunca de las tripas.

Ahora, su hermano mira el agua. Ella le toca la nuca. Esa simple idea: perderle de vista, y que pase algo.

—Rata, déjame ya —dice él, y se aparta.

Pero quiere tirarse y eso no se puede negar. Casi ni le importa el crujido de sus huesos, morir congelado, y entonces decirlo. Madre, madre. A Teresa eso le hace temblar de rabia. Esa simple idea, verlo subirse a la barandilla en un descuido. Abre los brazos, se deja caer, el agua va acariciándole la frente, los ojos, y luego el vacío. Rotko ahogado, violeta. Ella solo es capaz de imaginar los bordes de ese pensamiento. Más allá, siente cómo se parte en dos. En el pueblo no había lagos, y jamás han sabido cómo es de verdad la nieve, mucho menos el hielo, o qué se siente cuando ves tu reflejo en el mundo. Y lo que se veía en el espejo de su casa nunca será lo mismo que lo que por fin ves cuando descubres tu verdadero reflejo en el mar.

De nuevo, el barco trepida bajo sus pies. Un carraspeo lentísimo de motores y óxido, de pez hecho de pen-

samientos humanos. La vibración es agradable más adelante, al unirse a ella, poco a poco, el golpeteo elástico del agua, arriba y abajo, hasta que pueden confundirlo con el de la cuna en la que madre les movía la noche que nacieron. Les envuelve el sonido al rebasar el codo del segundo pasillo y las escaleras, y el sonido es bueno, tapaná lo que hagan.

—Date prisa —dice Teresa—. Si esos dos se frotan va a ser más difícil.

Pero su hermano le ha arrancado una de las hojas a las orquídeas de un jarrón. Pasa continuamente. Cada día más. Teresa apenas consigue captar su interés, poco más de un minuto, hasta que se dispersa otra vez. Es como si Rotko tuviera que seguir tocando el relieve minúsculo del mundo, cada esquina que se le ofrece, para estar seguro de que sigue en él de pie y todavía pertenece a este lado de las cosas. Se ha parado junto a una cómoda y araña con la uña en punta del meñique la superficie, todo a lo largo. Teresa reconoce el dibujo. Es la horca, cada vuelta de la cuerda. Cuando su hermano acaba, en la madera queda una marca torcida, las pequeñas virutas alrededor. Esa marca se abre un poco más, sin que él la toque. Teresa arquea el labio con disgusto, y Rotko se encoge de hombros.

—Perdón.

Su mirada se desliza hacia el cristal y la espuma, siempre cambiando, ahora también. Teresa le toca el hombro con suavidad.

—¿Quieres volver?

—No sé. ¿De verdad tenemos que cazarle?

—Mira... —Teresa duda—. Estoy casi segura de que es lo que quiere la abuela.

—La abuela quiere muchas cosas.

—Pero no queremos verla sufrir, ¿no? Ha estado mal desde que vinimos.

Rotko asiente.

—Pues entonces tenemos que ir a buscar al señor.

—¿Y si quiero ver a la abuela echando espuma por la boca?

—No, no quieres. Te lo prometo.

El siguiente pasillo es estrecho y parece abandonado. Las motas de polvo se les posan en los pijamas. Se topan con él en la pared, junto al boletín del barco. Es enorme, en letras azules. Todo lo triste es nuevo aquí, piensa Teresa. Viene, recién pintado, a tocarte los ojos.

POR SEGURIDAD, DURANTE LA TRAVESÍA EN ALTA MAR,  
LOS NIÑOS MENORES DE CATORCE AÑOS DEBEN  
PERMANECER EN TODO MOMENTO EN COMPAÑÍA  
DE SUS PADRES

Ambos sienten el mensaje como una mordedura.

—Rotko, no te enfades. Lo ponen para todos los del barco.

—Lo han hecho para nosotros.

—No es así.

—Los niños, los niños, los niños. Nos chillan muchas veces lo que tenemos que hacer, aunque ellos no tengan ni idea de lo que hay que hacer.

Mira otra vez la última frase, su corte frío. Aprieta los dientes. *En compañía de sus padres*. Son unos mentirosos.

—Este barco es horrible.

Con la uña del meñique, raya con fuerza la frase del cartel hasta que el metal se dobla.